david viñas

COSAS CONCRETAS

El que vivo enseñó,
difunto mueve.

Quevedo.

Sin arquear la voz ni las aletas,
diagramando un cuchicheo, Lú,
no un secreto ni tampoco terroncito,
sino mi Cuba, mi cubita, mi cubana.
Entendámonos:
no cielo, para pisada ni el moaré;
no arcángeles, mis turros,
jamás coimas (de mordiscos hablo), no almirantes,
porque la gente de allá cuenta por manos y sabor
no en catecismos.
Y si duele en Puerto Rico
que el hueso de ventana se corroa y dé vindoba,
menos mal que en Venezuela
en los *cars* diminutivos
se hacen vaina, vainón y la charneca.
Nuestras imposibilidades, Bob,
mi humillación del cuerpo, la nefritis,
oh el puerto y mis envidias:
mulatas, y Granpá y varadero en 23 y 12.
Y cuando empezamos a sentir las conversaciones
(ma qué San Pablo: aquí: ni el viejo Gide)
las becas, mis putitos,
los Ann Arbor y los guiños,
cuidar la imagen, cutículas, parámetros y rentas.
("—A los gringos
se la metemos doblada, pibe.
Hay que avivarse").
Fijate:
hasta Dalmiro se trajo su delirio
no del pecho ni el karate

y desbarató vergüenza.
Hablo de la nuestra (la mía cuento)
no Ayacucho ni nocau ni una serpiente.
Y César,
desgarrado y liberal, me consultaba
los pies entre ceniza
(no en tanto de su padre
como hacía ochenta millas);
ahi nomás el Paco
(no recuerdo si Noé)
apuntaba con bragueta y sobre el golfo.
Y cuando sentimos (siento; de mí; soy yo el que habla)
humillación (que es cuando
todo el cuerpo no separa)
aparece el Caballo.
Necesito ser preciso
y quite alarde:
era una noche, al patio,
con frisos, sicomoros
o algún vocablo de Lezama;
me acuerdo, me acordara y ya lo cultivo
(como a una mina en un zaguán
o a un insulto puntual y no adjetivo).
Yo lo miraba con cautela,
olía ron, dos mexicanos y un denso Larrañaga
(en general, me joden los jefes y grandes
son palabras de Malraux
como regatón, pertinente y quizá energía).
Pues bien, hay que decirlo:
me preocupaban mi edad y la gran manija.
Menos mal: trabaja y se empecina. Eso es todo.
No señor ni vulevú ni metafísica.
Si hasta en la plaza
si hasta San Martín con dorman y salida
se nos rescata entre "guerrilleros":
el cura Hidalgo
y Camilo medio bizco y colombiano
y con Artigas, don José, nuestro uruguayo,
y Simón sin Chimborazo.
Y Ernesto. ¿Te acordás, mi Carlos?
Ernesto: tan argentino como vos y como yo,
mi Carlos.
Lloramos. Lloré. Y sin tango.
Fuerte y guerrillero y saludable.
Así habló.

Era en la plaza. Con Che y mis trampas y Onganía
y algún zaino.
Pero no se engañen:
Buenos Aires ya no cuenta paredones
ni Arlt su Dios
ni en Macedonio de profeta
Ay, *Claudia* y Shell y gentilhombres
a medias víctimas y a medias todo.
(—"Hay que vivir, David".) Y no en morirse.
No fiscal y menos archidiácono.
Al fin y al cabo
qué sé yo del Ortega y las encuestas.